

Lugares comunes acerca del poder político en Colombia

Fermentos del poder: instantáneas de historia política colombiana

SERGIO RAMÍREZ LAMUS

Fundación editorial archivos del Índice,
Cali, 2011, 251 págs.

DESTAQUEMOS ANTES algo que constituye novedad, en Cali hay una fundación editorial que viene trabajando muy seriamente y que reúne una colección de textos que podemos calificar de interesante. Ese es un hecho cultural que no puede pasar inadvertido ni en Cali ni en Colombia.

Ahora sí: ¿Ante qué estamos? ¿Qué hemos leído? Es un texto híbrido que toma varias cosas, quizá muchas, de aquí y de allá; por tanto, no es algo ortodoxo, disciplinado, apegado a las fronteras legales de alguna forma de saber en particular. Lo que hay que tratar de establecer, al leer estas apuestas híbridas, es si el camino escogido —o, mejor, los caminos— y el resultado han valido la pena y nos han dicho algo que no sabíamos o nos han dejado una inquietud que nos haga reevaluar nuestras pocas o muchas certezas.

El preámbulo ya es bastante entretenido para el lector; el glosario es extenso y es una advertencia de todo lo que quiso hacer el autor, sin saber aún si pudo hacerlo. Muchas palabras que son alusiones, metáforas, símiles con las que el autor intenta explicar cuál es el aparato (el aparatoso aparato) al que acudió para hacernos su propuesta de narrativa: “mónada”, “montaje”, “ruina y verdad espectral”, “epígrafes”, “micro-secuencias”, “fractales”. Psicoanálisis, cine, geometría fractal. En medio de eso Alberto Lleras Camargo, Simón Bolívar y algunas palabras de Jorge Orlando Melo. En muy pocas páginas, en el inicio, el autor ya ha dejado desfilar el régimen de autoridades en que se apoya: Jacques Derrida, Walter Benjamin, Roland Barthes, Sergei Eisenstein, Peter Sloterdijk y el listado sigue. Pero con los que nombro basta para tener una idea acerca de la apuesta de nuestro autor. Muchas cosas juntas que pueden provocar saturación. Esa

es la primera sensación del preámbulo, saturación de términos, saturación de metáforas. Hay saturación, entre otras cosas, porque la pretensión del autor es múltiple, quiere devorar a muchos. Quiere desacralizar lo que escribió Alberto Lleras Camargo sobre la independencia, y también lo que dijo Germán Arciniegas sobre Bolívar, y también a los historiadores de la Academia Colombiana de Historia, y también a los historiadores universitarios contemporáneos. Uno puede atragantarse con todo esto.

En la página 27, en pleno preámbulo, nos preguntamos si la apuesta es novedosa, es decir, si nos dice algo nuevo. Digamos que en ese punto todavía no, nos dice de otra manera algo que ya sabemos. Así es, en aquella página el autor nos está reproduciendo, muy a su modo, con su jerga particular, unas etapas de la historiografía colombiana que ya las conocemos y las hemos leído en otras partes; eso quiere decir que nuestro autor comparte esa misma clasificación, esa misma definición de etapas y de los nombres que representan esos momentos de la historiografía. Por ejemplo, al referirse a lo que ha significado Indalecio Liévano Aguirre, “el más emblemático ejemplar —dice Ramírez Lamus— del tránsito entre la vieja primatófila y una investigación de los contenidos económicos entonces reprimida. Encrucijada de la cual emergen Jaime Jaramillo Uribe y sus discípulos”. Lo que ha dicho con sus palabras también lo ha dicho, de otra manera, Alexander Betancourt en su libro *Historia y nación*. Hasta el momento, si quería ser irreverente o indicarnos la subversión de un orden, no lo ha logrado.

Hay que remitirse, claro, a dos palabras que pueden anunciar mucho: “fermentos” e “instantáneas”. Ambas palabras son preludio de *poder* y de *historia política*. De eso se va a tratar el libro, parece; de escribir instantáneas de historia política acerca del poder. Eso presagia algo en la escritura y leyendo, leyendo vamos viendo que sí hay una apuesta en la escritura, otros pueden decir que en la trama narrativa. El autor, sin duda, ha querido construir una trama. Ahora bien, leyendo, leyendo nos percatamos de que hay un volcamiento sobre la escritura en desmedro de lo que los

historiadores (quizá muy ortodoxos para este asunto) llamaríamos el sustento documental o empírico.

Ramírez Lamus nos ha puesto a pensar si es más importante la trama que la artesanía intelectual que precede la trama. Tal vez desde los libros de Hayden White, tan concentrados en el examen del discurso histórico, nos han hecho creer que la historia es solamente, o sobre todo, escritura. Lo es, por cierto, no lo vamos a poner en duda. El historiador tiene que escribir algún día algo; pero para escribir algo tiene que haber sucedido algo con el historiador mismo y con su relación con los vestigios de alguna parte del pasado. La conversación con las fuentes documentales parece haberse quedado en un momento de tinieblas; la relación parsimoniosa o exasperada con los archivos; las muchas preguntas y las pocas respuestas; el ir y venir entre lo que hemos venido siendo y lo que alguna vez pudo ser, eso no queda siempre en estado firme en una escritura, no se ve en el relato histórico tan fácilmente o, simplemente, queda perdido en el anecdotario de las experiencias de un pobre buscador entre las ruinas. La relación con las fuentes documentales es una aventura elemental, obvia, que es determinante para lo que vendrá. Así, la escritura del historiador es, más bien, desenlace y consecuencia.

De ese mismo modo podríamos examinar este libro de Ramírez Lamus. Aunque volcado en una propuesta de escritura, tuvo que decidirse por unas fuentes, por unos vestigios, por unas autoridades que le brindaran algunos conceptos-guía, por unos paradigmas de análisis. El autor escogió, para orientarse, un par de libros de Fernando Guillén Martínez; el uno, verdadero clásico, *El poder político en Colombia* (1979) y *La Regeneración. Primer Frente Nacional* (1986). Eso nos obliga a hacerle visita al nunca bien ponderado Guillén Martínez; él demostró de modo muy brillante que el sistema de la hacienda estructuró la sociedad colombiana y, principalmente, la organización y funcionamiento del poder político. Es decir, el sistema hacendatario impuso un poder simbólico que cifró el comportamiento colectivo, las relaciones de lealtad, las nociones de buen o mal vivir, las formas asociativas políticas, en fin.

RESEÑAS		HISTORIA
En consecuencia, cualquier atisbo de modernidad quedó sometido a las coordenadas dominantes de la hacienda. Eso es cierto, en parte. Pero esa interpretación de la historia política colombiana, como otras, nos hace olvidar algunas cosas; por ejemplo, nos hace olvidar o despreciar que, aun así, la vida pública no ha sido solo la reproducción sumisa de relaciones de servidumbre, costumbres señoriales, autoritarismo y devoción católica y otras cosas por el estilo. Tal vez haya que discutir con este libro, por tanto, que la clase política va por un lado y la vida pública, más movida, va por otro. Nuestra clase política es más o menos despreciable y constituye, en buena medida, un círculo de parentescos que se ha prolongado. Pero eso que solemos llamar sociedad civil contiene mayor riqueza, ha tenido mutaciones, ha conocido expansiones democráticas como también encerronas autoritarias. La sociedad civil es una materia colectiva muy abigarrada que le ha hecho algún contrapeso a las inercias restauradoras de la clase dirigente colombiana. La devoción por el libro de Guillén Martínez se vuelve preocupante a medida que avanzamos en la lectura; la devoción se desliza al parafraseo y a la reproducción de un molde interpretativo y temporal que nos remite a lugares y momentos comunes de una historiografía ya cuestionable. Es cierto, nuestra historiografía más reciente no ha dicho cosas tan contundentes como el juicioso Guillén Martínez, pero hay de todos modos un acumulado de certezas o de supuestos que, bien leídos, nos pueden llevar por caminos menos trillados. Doy ejemplos al respecto: los conflictos entre liberales y artesanos, a mitad del siglo XIX, conocen un remozamiento empírico nada despreciable y que superan el esquema de Guillén Martínez; pienso al respecto en las obras de Margarita Pacheco y Francisco Gutiérrez Sanín. Los enfrentamientos entre Santander y Bolívar, muy poco estudiados, es verdad, pueden ser entendidos mejor, ahora, en el ámbito de la discusión de modelos político-administrativos dentro del sistema republicano emergente. Habíamos creído que el autor le iba a apostar a darle una vuelta a la tuerca en ese sentido, pero ha quedado	estancado en hitos y mitos que él terminó por reproducir a medida que reproducía esos ejercicios de memoria y de historia que él cuestiona. Entonces es cuando uno tiene que preguntarse: ¿de qué sirvió entonces acudir a Peter Sloterdijk o a Walter Benjamin o a Jacques Derrida si de allí no ha salido algo que nos permita situarnos de otra manera frente al devenir político colombiano? Principalmente, no le permitió zafarse de los lugares comunes sobre lo que ha sido la historia política nuestra. Eso deja una lección, de nada sirve un refinamiento conceptual para el discurso si eso no está acompañado de un sustento empírico y documental que nos ayude a ver otros matices, otros colores de lo que ha sido la vida pública. Es una prosa agradable por pasajes, pero las reiteraciones se vuelven agobiantes y revelan que hay una queja prolongada en el libro; nadie de la élite política colombiana queda a salvo. El proceso fundacional de la república es sospechoso, claro, pero también es ambiguo, problemático y complejo y no se ciñe únicamente a la expansión de voluntades individuales bien o mal intencionadas. Es tan extrema y superficial la adjetivación hiperbólica para referirse a nuestro personal político de los primeros años republicanos como aquella que solo ve en aquellos individuos la condensación de todas las perversiones y bajezas de los intereses privados. Uno y otro extremo son insuficientes y hasta estériles en un examen histórico, porque les adjudican demasiada capacidad de maniobra y de transformación de la realidad a unos individuos singularizados como extremadamente lúcidos o como exageradamente funestos. Las sospechas y el escepticismo son, en términos generales, un muy buen antídoto, sobre todo para tratar la historia política colombiana; pero eso no quiere decir que debamos quedarnos en la colección de adjetivos. Le abonamos a Ramírez Lamus su búsqueda de un giro en el discurso, su búsqueda de alternativas para el relato del pasado y, sobre todo, para desenmarañar los repertorios de narraciones que han construido ciertas ideas acerca del pasado. Esa parte del esfuerzo es apreciable, pero hay que insistir que esa tentativa ha terminado por brindarnos una colec-	ción de imprecaciones sobre la índole de nuestra clase política, lo cual no es información nueva para nosotros. Gilberto Loaiza Cano